VALIJA *indiscreta*

REINA EL NUEVO ORDEN EN EUROPA

Ya está terminada su obra. Este era el "nuevo orden europeo" que quisieron implantar. Ved las fotografías: en un campo, montones de cadáveres; en una ciudad, esqueletos de casas incendiadas; Europa festeja el nuevo orden bailando su gran danza macabra. Arden los hogares, las escuelas y las fábricas, mueren las criaturas, se seca la tierra, arada sólo por los tanques, removida por las bombas: por aquí pasó Hitler. Se trataba de salvar a Europa. Ya está salvada. Quevedo lo había previsto ya: "¿Qué quiere ese hombre?" "Ser salvado." "¡Malello!"

Desde su walhalla teutónico el doncel wagneriano contempla arrobado su obra. No queda piedra sobre piedra. Ningún árbol hace sombra en la tierra yerma. Ni una casa, ni una espiga. Los huesos humanos elevan una pirámide a su gloria militar. ¡Heil Hitler! ¡Franco, Franco, Franco! Un gnomo zumbón exclama, por no ser menos: ¡Duce, Duce, Duce! En los cráteres abiertos por las explosiones reserva una carcajada diabólica. ¿No queríais un nuevo orden? Ahí lo tenéis. Los muertos están en orden; las ruinas están en orden. El hambre, la peste, el odio, la miseria, todo está en orden.

Nosotros conocimos ese orden en Almería, en Granollers, en Guernica, en Sagunto, en Alicante... ¿Creíais, acaso, que no le iba a tocar su turno a Berlín? Fuimos nosotros los primeros "ordenados". En la infernal lotería nos tocó el primer premio sólido del bombo. Pero el premio gordo estaba reservado para Postdamerplatz y para Kurfürstendam. Nos lo anunciaba silenciosamente el árabe que cada español lleva dentro: "Siéntate a la puerta de tu tienda —nos decía— y verás Unter den Linden". ¿Con que Bajo los Tilos, eh? Veremos quién necesita ahora la tila.

Ya está terminada su obra. Resultó muy divertido para los Capproni ametrallar a las mujeres en la carretera de Málaga. Fritz se reía espesamente cuando aquel pobre y excelso miliciano —barbero, segador, albañil, estudiante— daba la trágica voltereta, el último salto mortal. Así empezó la cosa. Los muertos, entonces, eran de tercera, es decir, españoles. Los españoles tenemos la vida dura: excelente para probar en ella los nuevos morteros de línea, las bombas modernas de aviación, los carros blindados y las ametralladoras. ¡Heil Hitler! ¡Franco, Franco, Franco! El mismo duendecillo, que debe de ser un guasón de mala leche, se desternilla gritando: ¡Duce, Duce, Duce!

Hitler, Mussolini, Franco: tres pies para el banco del nuevo orden europeo. ¡Siniestros Bertoldo, Bertoldino y Cacaseno! ¡Trágicos payasos de funeraria! Aquí está ya la ignominiosa fotografía de Benito, colgado, como una res en la carnicería, de las patas traseras, al lado de Claretta, barraganía imperial. ¡Abyecta exhibición! ¿Y Adolfo? ¿Ha muerto, cual dicen, como un héroe? ¿Se ha puesto barba postiza y se ha escondido para saltarnos, al primer descuido, un discurso de loco frenético? ¿Es Lohengrin o el Pastelero de Madrigal? ¿Y Franco? ¿Dónde está Franco? ¿Qué Chamberlain lo tiene escondido en su parageas? ¿Qué fin se le espera? ... No hay que emplear. Todo se hará ordenadamente. Con mucho orden y con muchísimo respeto. ¿De los pies o del cuello? ¿Quién fue de elegir: él o la soga?

Ya ha triunfado el nuevo orden europeo. Se les nota a ellos en la cara. Caras de ahorcado, naturalmente. Seamos, pues, ordenados. El desordenador que nos desordene buen desordenador será. ¡Contemos, amigos, al nuevo orden europeo! Ellos lo quisieron así. Sea. Trescientos millones de europeos mueren de hambre y de frío. ¡Formidable! Gira la rueda del tormento. ¡Estupendo! Los niños españoles no tenían leche en el biberón. Ahora no tiene leche ni el Mennekenpiss. ¡Cómo no le mame la corbata a Laval! Nosotros, al menos, comíamos lentejas, vitamina N de la resistencia. Veremos ahora lo que comen los superhombres, es decir, los superbestias. Cuando los bárbaros disparaban granadas contra la Telefónica, el madrileño apostaba con su propia sombra: "¿Le da? ¿No le da? ¡Pues no la ha dao!" Ahora no ha fallado ningún blanco. La puntería ha sido excelente. ¡Kolossal Kanonade! Le dieron en la mera torre al mismísimo Wotan.

Antes se trataba de vivir "peligrosamente". Y ahora, de morir como se pueda. Desde luego más "peligrosamente" de lo que ellos pensaban. La prueba está en la plaza de los Quintos Mártire y en el gigantesco fogón de la Reichskanzelei, donde los arios se asan como salchichas de Hamburgo. Sólo de pensarlo le tiemblan al "generalísimo" sus redondeces femeniles, se le pone la carne de gallina: de más gallina, quiero decir. El eunuco feroz creía que todo iba a ser cosa de juego, de broma cuartelera: asesinatos de españoles sin importancia. Por encima de él estaban el Fuehrer y el Duce. ¡Qué tíos! Ellos, en efecto, estaban entonces por encima, pero ya están por debajo: bajo tierra. ¡Terrible anuncio! La verdad es que Franco creía que sus compadres iban a ganar. El pobre, como es generalísimo, no entiende nada de guerras. Tampoco entiende nada de guerras Pétain, y es nada menos que mariscal. Nous voilà, Maréchal! Franco creyó que el nuevo orden europeo empezaba en el Espolón de Burgos, donde las damas del Auxilio Social suspiraban al ver pasar la guardia mora. ¡Qué hombres, Señor, qué hombres! ¡Mejores que canónigos! Franco, contemplando a sus rifeños, parecía también una damisela del Auxilio Social. El nuevo orden europeo empezaba así. Y termina también así, sin saber dónde se ha metido el Fuehrer, jugando al escondite con la muerte. ¿Por qué no acudió a salvarlo Franco? ¿Qué esperaba para librar a Berlín de las "hordas soviéticas"? La palabra es palabra.

La risa va por barrios, dicen los filósofos de café. Pero no se trata de reír, sino de llorar. A nosotros se nos secaron ya las lágrimas. Ahora les toca a ellos llorar pus, y sangre, y porquería. Ved las columnas de los superhombres rendidos, vencidos, humillados. Ya no levantan un brazo, sino los dos, para la rendición. ¡Kamerad! ¡Camarada! ¿No os acordáis de nuestro drama? Pero nuestra tragedia tuvo una sublime dignidad. Nosotros somos hombres. Nosotros salimos con la cabeza bien alta hacia el destierro, hacia el campo de concentración. Hasta las mujeres, hasta los viejos que iban a morir, caminaba altivamente. Hasta los chiquillos españoles saltaron con orgullo español los Pirineos. Ahora los superhombres arios forman un inmenso rebaño embrutecido, en marcha hacia la esclavitud. Temen al látigo, a la alambrada eléctrica, al pelotón de ejecución, al pan negro y seco, que es lo que ellos ofrecieron a los demás. Vivid ahora peligrosamente, si ése es vuestro gusto.

¡Nuevo orden europeo! ¡Genial invención! Todos esos hombres rebajados en la derrota a la condición de bestias medrosas fueron obreros, profesores, abogados, músicos, ingenieros, filósofos, campesinos, antes de ser simples soldados del Fuehrer. "Vamos a ser los amos de la tierra", les dijo Adolfo. "Ellos, con tan brutos" —se la creyeron. Y ya están midiendo los siete pies de tierra que a cada uno le corresponden en el ordenado panteón europeo. ¡Heil Hitler!

¡Qué bien hablaba el Fuehrer! ¿Qué maravillosa elocuencia la del Duce! Pero se han callado en el mejor instante. ¿Por qué no suenan ahora discursos? Ahora era el momento de hablar, de abrir el cierre de la elocuencia teatral, para explicar lo que ha pasado. Benito hablaba cuando navegaba hacia la gloria sobre un mar de bayonetas. Adolfo hablaba cuando era el blitz de la blitzkrieg. ¡Adelante, guerreros tudescos, bersaglieri, rabelungos y figli della lupa! ¡Menuda tocata os han dado! ¿Qué? ¿Tienen ahora algo que decir esos oradores? ¿Le damos expresiones a Franco de nuestra parte?

¡Heil Hitler! ¡Duce, Duce, Duce! ¡Franco, Franco, Franco! ¿Pero es que aún tenéis ganas de coña? La coña, sin embargo, es seria, trágica, horrible. El nuevo orden extiende sobre Europa un silencio de muerte. ¿No lo oís? Vuestro arco de triunfo es una infecta alcantarilla. El fantasma de la gloria militar lleva un mísero sudario piojoso. Todos los huérfanos, todas las viudas, todas las madres de Europa forman un espantoble cortejo. En todos los hombres habéis inyectado el veneno del odio, del rencor, de la irascundia, de la venganza. Ese era el mundo que queríais crear con vuestra cruz gamada, con vuestras haces lictorales, con el yugo y las flechas, hoy baratijas funerarias. El drama no ha grande sobre la mayor ignominia. Ha más delirante ambición sobre el más vil de los crímenes. La más sangrienta carnicería sobre la más grotesca pantalonada.

En todos los cementerios de Europa reina ya el nuevo orden. Y cada pueblo, cada casa, cada granja, cada valle, cada campo desolado es hoy un cementerio. Todo muerto, destruido, incendiado, arrasado, en un orden impresionante. Nada más ordenado que la muerte, la gran ordenadora. ¡Formidable banquete para los gusanos, que son los nazis de la carroña! Los gusanos, al menos, no saludan a estilo romano ni marcan el paso de ganso. Un gusano de foso mortuorio es, pues, menos repugnante que un nazi, que un fascista, que un falangista. El imperio de los gusanos es el verdadero imperio totalitario, macarrónico y azul del triángulo Berlín-Roma-Madrid de 1939. Ese es el nuevo orden europeo. No le faltó, por cierto, ni la bendición de Su Santidad.

EL VALIJERO

5 mayo 45

P.C.E. ... e/1103